

## AGENDA CIUDADANA

### MÉXICO Y CUBA, LA CUENTA LARGA Lorenzo Meyer

**Siempre un Triángulo.**- La tensión que hoy envuelve a las relaciones oficiales entre Cuba y México ha sido comentada *ad nauseam* a raíz de la precipitada salida del presidente cubano, el comandante Fidel Castro, de la cumbre sobre financiamiento del desarrollo celebrada en marzo en Monterrey y las posteriores acusaciones contra el canciller mexicano presentadas por los medios cubanos. Para darle una giro diferente al análisis y poner en perspectiva el estado actual de la relación entre los gobiernos de los dos países, conviene hacer un rápido recorrido por la historia y descubrir que esa relación bilateral, en sus momentos cumbre, casi siempre se explica por las acciones en la isla caribeña de un tercero que afecta a México, sea éste España, Inglaterra, Estados Unidos o la antigua Unión Soviética.

**El Largo Principio Colonial.**- Los españoles que llevaron a cabo la conquista de lo que hoy es México, llegaron de Cuba; esa era su base de operaciones y luego punto obligado de la comunicación entre España y la Nueva España y, por ello un centro comercial importante que incluía, obviamente el contrabando. La posición estratégica de la isla caribeña –llave del mediterráneo americano-- le llevó a ser el puerto de abrigo y protección de la flota que sacaba los metales preciosos de México; el costo de la administración de Cuba, como también de las Filipinas, se pagaba con la plata producida en las minas mexicanas.

La posición estratégica de Cuba pronto despertó el interés de las otras potencias navales europeas –Inglaterra, Francia y Holanda--, interés que se materializó en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando Inglaterra ocupó La Habana por más de un año e hizo evidente el peligro que eso implicaba para el cercano puerto mexicano de Veracruz, puerta insustituible e indispensable de entrada y de salida de la Nueva España. Fue la amenaza inglesa la que obligó a reconstruir el islote de San Juan de Ulúa en Veracruz hasta convertirlo en la gran fortaleza que fue y también fue lo que inició la formación de un ejército mexicano propiamente dicho.

La independencia mexicana significó el fin de la dependencia política y económica de Cuba respecto de la Nueva España –el azúcar sería el sustituto--, pero de ninguna manera el fin de la preocupación mexicana por el uso que España pudiera hacer de la isla para llevar a cabo la reconquista de lo que el rey Fernando VII consideraba una provincia rebelde, es decir, México. La permanencia de tropas españolas en San Juan de Ulúa con apoyo del Gobernador General español de Cuba hasta noviembre de 1825, fue un enorme problema para el México recién independizado, Por eso, no es de extrañar que agentes mexicanos en Cuba promovieran la idea de la independencia de la isla o de que, por un tiempo --entre 1823 y 1825--, se contemplara en Bogotá y en la Ciudad de México, la posibilidad de un esfuerzo militar conjunto para expulsar a los españoles de la isla y hacerla independiente. Finalmente, la precariedad de recursos en ambos países –más la firme oposición británica y norteamericana a la empresa--, hizo imposible que el proyecto se materializara. Los temores mexicanos en relación a la Cuba española fueron confirmados plenamente en

1829, cuando por órdenes de Madrid partió de Cuba una fuerza expedicionaria de 2,800 hombres al mando del brigadier Isidro Barradas para luego desembarcar en las cercanías de Tampico. La presencia de Barradas en suelo mexicano tenía por objeto servir de catalizador de todas las fuerzas conservadoras mexicanas deseosas de revertir la independencia y devolver el país a la soberanía española y, sobre todo, al orden perdido desde hacía casi dos decenios. Afortunadamente para la joven república, las enfermedades propias de la región y la estación, más la resistencia de las fuerzas mexicanas, pusieron rápido fin al empeño -- ¿sueño?— del testarudo Fernando VII.

El tratado en virtud del cual Madrid reconoció finalmente la independencia mexicana (diciembre de 1836) incluyó un artículo secreto que comprometía a México a no alentar ningún movimiento o acción contra el dominio español de Cuba. El tratado no puso realmente fin a los temores mexicanos respecto de la gran isla del Caribe, pues durante los turbulentos años que siguieron, más de un representante español en México intentó animar a Madrid y al Gobernador General de Cuba a mandar buques surtos en la isla para castigar el mal trato a súbditos e intereses españoles en México con un bombardeo a Veracruz. De nuevo, afortunadamente, nunca hubo los buques en Cuba cuando las tensiones hispano-mexicanas los hubieran llevado a actuar. La parte española de la expedición tripartita que desembarcó en México en 1861 para obligar al desangrado país a reanudar el pago de sus obligaciones con los extranjeros, provino de España pero antes pasó a aprovisionarse en Cuba. Para cuando en 1867 la República Restaurada reintrodujo el orden político en México, la idea de una Cuba en manos española ya no pareció tan mal, pues la alternativa era peor:

una Cuba independiente sería fácil presa de un poder mucho mayor y más peligroso para México: Estados Unidos.

Entra Estados Unidos en el Cuadro.- Para cuando España finalmente abandonó sus fantasías respecto a la reconquista de México, el peligro que para México representaba Cuba ya poco o nada tenía que ver con la antigua metrópoli o con Inglaterra y sí mucho con las ambiciones expansionistas norteamericanas. Después de la tragedia que significó la pérdida de la guerra del 47, la posibilidad de un dominio norteamericano de Cuba y del Caribe, se vio como una amenaza muy seria para la precaria seguridad nacional mexicana.

Los dirigentes norteamericanos habían contemplado desde finales del siglo XVIII la posibilidad de hacerse con el control de Cuba y convertir así al Caribe en un mar propio, sobre todo después de haber incorporado La Florida a su nueva nación. El estallido de la primera etapa de la guerra de independencia cubana (1868-1878), no produjo acciones de solidaridad sustantivas del gobierno de México con respecto a los independentistas, pues se prefería tener cerca a una España débil y con la que ya no había problemas, que una Cuba independiente pero débil y subordinada a unos Estados Unidos cada vez más fuertes. Cuando en 1893 resurgió el movimiento independentista cubano y hasta el estallido de la guerra hispano-americana cinco años más tarde, el gobierno mexicano se vio obligado a mantener varias pelotas en el aire. En efecto, no negó la legitimidad del esfuerzo de los insurgentes, pero no les auxilió activamente con lo que, de hecho, apoyó a España; México no deseaba que Estados Unidos fuera el sucesor de facto de España en la isla, pero no se podía oponer abiertamente a ello, aunque en secreto Porfirio Díaz auxilió a los españoles en su inútil guerra con

Estados Unidos. Finalmente, algunos círculos gubernamentales y de manera un tanto informal, alentaron la idea de dar salida a la crisis mediante la anexión de Cuba a México, (en 1896, Carlos Américo Lera, diputado mexicano de origen cubano, publicó Cuba mexicana, un claro ejemplo de ese proyecto). La rápida y contundente victoria norteamericana sobre la escuadra española en 1898, puso punto final al peculiar proyecto porfirista.

Al iniciarse el siglo XX, México tenía que vérselas con Estados Unidos al norte, en el éste con una Cuba que era casi un protectorado americano (véase el contenido de la “Enmienda Platt” de 1901), y con una Centroamérica en el sur igualmente dominada por la influencia norteamericana, especialmente a partir de la “independencia” de Panamá y la construcción de su canal. Así, a México sólo le queda el enorme Pacífico para impedir que la claustrofobia fuera el sentimiento dominante, pero sin y con el dominio norteamericano sobre Filipinas y Hawai, sólo Japón despuntaba como una posibilidad, misma que desapareció en 1945.

La “Cuba Independiente” y la Revolución.- Durante el gobierno de Gerardo Machado (1925-1933) y aún durante el período de influencia de Fulgencio Batista (1934-1939) y luego su primer gobierno directo (1940-1944), se abrigó la idea en círculos oficiales de México que era posible el surgimiento de un cierto espíritu nacionalista en la clase gobernante cubana, lo que podría contrarrestar en algo la enorme presión y control norteamericanos sobre la isla, pero fue una esperanza vana. Por ello, para el momento del segundo gobierno de Batista (1952-1959), la mejor alternativa para México era el triunfo del movimiento revolucionario encabezado desde 1953 por el carismático abogado de origen gallego, Fidel Castro Ruz. Este personaje era poseedor de un discurso nacionalista y populista

que, de entrada, prometía ser enteramente compatible con los intereses mexicanos.

En un primer momento, el triunfo de la Revolución Cubana el 1° de enero de 1959, encontró simpatía de parte de un régimen mexicano que si bien ya era sólo postrevolucionario y bastante conservador, continuaba usando un discurso donde el término revolución era central, lo mismo que la condena, en abstracto, al imperialismo. El nacionalismo cubano chocó rápido y de frente con Estados Unidos, y ese encuentro impulsó al nuevo régimen de la isla caribeña a buscar apoyo en el otro único polo del sistema internacional: la URSS. Cuba no tardó en declararse socialista y en organizarse como tal, integrarse a un nuevo campo y a fomentar movimientos armados en América Latina. La reacción del gobierno mexicano fue distinta de la de otros de la región pues decidió volver a montar un acto de malabarismo político similar al de fines del Porfiriato. A lo largo de cuarenta años, siete gobiernos priístas años mantuvieron de manera más o menos airosa varias pelotas en el aire.

La cancillería mexicana aceptó a inicios de los años sesenta la incompatibilidad del marxismo leninismo con el sistema interamericano, supuestamente democrático aunque en realidad predominantemente autoritario y de derecha. Sin embargo, México decidió no romper relaciones diplomáticas con Cuba, pero sin hacer nada efectivo contra el bloqueo económico que le impuso Washington a la isla. Una y otra vez México insistió en el valor supremo de la autodeterminación, pero poco le importó ser un mero observador de la invasión en Bahía de Cochinos patrocinada por la CIA o apoyar el bloqueo naval norteamericano durante la crisis provocada por la presencia de misiles soviéticos

en Cuba. La preservación de la relación formal con la Cuba que insistía en fomentar la revolución en Latinoamérica –un acto también de intervención, lo mismo en Venezuela que en Bolivia o Centroamérica--, le permitió al régimen mexicano, tan de derecha como el que más, llegar a un arreglo informal pero muy bien observado por La Habana: el gobierno presidido por Fidel Castro podía recibir a los representantes de la izquierda mexicana que quisiera, pero no apoyaría a ninguno de los movimientos guerrilleros que en los años setenta y ochenta estallaron en varios puntos de la geografía mexicana. Y más o menos lo mismo sucedió con la relación mexicano-soviética. Por otra parte, México nunca se pronunció abiertamente en contra de la naturaleza del régimen de la isla --una dictadura de partido— ni Cuba le dio al sistema mexicano el calificativo que realmente merecía: el de autoritario, antidemocrático, derechista y corrupto. México no criticó la dependencia cubana de la URSS y en reciprocidad Cuba mencionó poco o nada la dependencia mexicana respecto de los Estados Unidos ni hizo mayor escándalo cuando los servicios de inteligencia de Washington fotografiaban a los viajeros que iban o venían de La Habana o cuando un diplomático mexicano en esa ciudad fue descubierto espiando para la CIA.

El Cambio.- En el 2000 el PRI perdió el poder, México dejó de ser autoritario y un gobierno de derecha pero legítimo, asumió el poder. Para entonces la Guerra Fría ya era cosa del pasado, Cuba no estaba en posibilidad de exportar ya la revolución y la URSS ya había desaparecido, lo mismo le había sucedido al “nacionalismo revolucionario” mexicano y su correspondiente definición del interés nacional como la mayor independencia relativa posible frente a Estados Unidos. En esas condiciones, el arreglo de cuarenta años de las autoridades

mexicanas con el régimen presidido por Fidel Castro se quedó sin base y en el 2002 se vino abajo. Hoy los dos gobiernos están en el difícil e incierto período de definir las reglas de un nuevo juego, reglas que dirán tanto sobre la relación bilateral como sobre la naturaleza de los respectivos sistemas y, de nuevo, sobre la relación de México con los terceros con intereses en Cuba, en este caso, Estados Unidos.